

**Palabras de Alicia Bárcena en ocasión de recibir el premio
Mujer del año 2009 por el Patronato de la Mujer
México D.F.
8 de diciembre de 2009**

Querida Kena;
Distinguidas representantes del Patronato de la Mujer;
Amigas y amigos

Es usual que a veces usemos las palabras de otros para expresar nuestros sentimientos y hoy no será la excepción, cuando hace una semana le preguntaron a José Emilio Pacheco ¿cómo se sentía por la obtención del Premio Cervantes?, él respondió

“...supongo que un premio es como un golpe: que no duele en el momento. Ya veremos después...”

Así me siento yo, impactada, con una mezcla de sentimientos y pensamientos, y sin lograr todavía dimensionar la responsabilidad que este premio conlleva. Sé de su larga trayectoria, que se entrega hace 49 años, y que lo han recibido mujeres mexicanas muy distinguidas que han sobresalido en los más diversos ámbitos de la vida nacional, tales como el mundo de las artes, de la política, de lo social, de las ciencias, de la cultura. Es un privilegio recibirlo esta tarde de diciembre en este maravilloso lugar.

En especial quiero agradecer a Kena Moreno y al Patronato de la Mujer y a las y los integrantes del Patronato de la Mujer.

Cuando preparaba mis notas para esta ceremonia en medio de múltiples tareas, me preguntaba ¿Qué meritos han visto en mí, las integrantes del Patronato de la Mujer para honrarme con esta prestigiada designación?

Por eso cito a Pacheco porque “recibir un premio estremece como un golpe” que te obliga a detenerte un segundo y a mirar hacia atrás y recordar lo que has vivido, lo que has dejado de hacer y especialmente a quienes han hecho de ti la persona y la mujer que eres y que hoy ustedes gentilmente distinguen.

He inicio por el principio,

Nací en 1952, en la Colonia Roma de esta maravillosa ciudad en los últimos meses de la Presidencia de Miguel Alemán y un año antes que Adolfo Ruiz Cortínez decidiera modificar el artículo 34 de la Constitución Mexicana para darnos a todas las mujeres el derecho a votar y ser votadas para puestos de elección popular. Derecho que he gozado ejerciéndolo y que he aprendido a valorar en tierras lejanas donde este derecho ha estado suspendido o ha debido ser reconquistado en largas y duras batallas civiles

Formo parte de una generación de transición en muchos ámbitos de la vida pública y privada, navegué entre el conservadurismo de las familias mexicanas y el liberalismo político.

Me críe y eduqué en un México muy distinto al de mi padre, mi madre y mis tías y mis abuelas. Tuve muchas más oportunidades que ellos.

Un México que se **industrializaba**, un pueblo orgulloso de ser dueños de sus recursos naturales después de un largo coloniaje, que había llevado a cabo una profunda **reforma agraria**, y que hacia de la **educación pública gratuita** y el amor por **sus raíces nacionales** una señal de identidad.

Yo soy hija de este país, que fundó en 1964 en los Bosques de Chapultepec, este monumental edificio que alberga el Museo de Antropología e Historia de México, que es una de las más nobles ventanas por las cuales México se muestra al mundo, y que contiene la mayor colección de historia y arte precolombino del mundo.

Estas culturas del México profundo que mantienen su presencia digna y viva y que nos recuerda los desafíos pendientes para construir una nación y una sociedad más próspera, más justa y más igualitaria.

Soy esa joven que una mañana de julio de 1968 vio desde la acera marchar por Insurgentes a una muchedumbre de estudiantes encabezados por su rector Javier Barros Sierra para defender la autonomía universitaria.

Ahí se fraguó mi amor y dedicación por la Universidad Nacional Autónoma de México.

Soy también quien vio entrar a millares de estudiantes al Zócalo, entre ellos mi hermano Agustín, y ocupar ese espacio público y sagrado por primera vez en la historia contemporánea de México. Los sucesos que vinieron son por todos conocidos y hoy seguimos recordando la Plaza de las Tres Culturas, Tlatelolco y ese 2 de octubre.

Mis ideas y mis convicciones progresistas se construyeron en los setentas. Comienza en la Facultad de Ciencias de la UNAM compartiendo sueños y conocimiento científico con colegas de avanzada, desde republicanos provenientes de la guerra civil española y asilados demócratas de América del Sur, hasta científicos mexicanos sobresalientes como Arturo Gómez-Pompa y José Sarukhán y científicos- naturalistas con profunda conciencia social como lo fue Alfredo Barrera Marín, compañero de parte de mi viaje. También entraron en mi vida artistas como Violeta Parra, Tehua, Amparo Ochoa y Mercedes Sosa , mujeres cantoras, poetas con contenido político.

Provengo de un grupo de profesionales jóvenes que desde las ciencias biológicas construimos utopías de cambio, de inclusión social, de admiración profunda por los conocimientos que los grupos indígenas atesoraban sobre su entorno natural y de asombro por sus organizaciones sociales, por su cosmovisión respetuosa de la tierra, del ser humano, las mujeres, los niños y los viejos.

Desde Morelos hasta Chiapas y Yucatán, en todos los pueblos que recorrí, encontré inmensa sabiduría, solidaridad de parte de los campesinos y los indígenas, amor por la tierra, sistemas agroforestales eficientes, generosidad y hospitalidad sin límites. Pero también encontré pobreza, desigualdad y explotación. Me sorprendió que las proclamas y los programas de los gobiernos alcanzaban escasamente al sureste y más bien reemplazaban los saberes tradicionales, destruyendo sistemas agrícolas eficientes e imponiendo megaproyectos que hoy sabemos que han fracasado.

Ingresé a la política mexicana con una profunda convicción de lo público como única vía para alcanzar mayor equidad y justicia a partir de una política de uso de recursos naturales respetuosa de las organizaciones rurales, campesinas e indígenas.

Me encontré en el camino con personas íntegras que me mostraron y me convencieron que la vía política es posible y quizás la única, para lograr un proyecto nacional distinto. Hoy quiero recordarlas con gratitud: Donaldo Colosio, María de los Ángeles Moreno, Beatriz Paredes y Guadalupe Gomez Maganda, entre otros.

Como primera Subsecretaria de Ecología, pude constatar la importancia de que un país tan vasto y diverso como el nuestro cuente con una política ecológica de largo plazo. Partimos casi de cero, en un mundo tan desconocido para mí, al provenir de la investigación y el trabajo de campo, y además tenía el agravante de que me insertaba en una enorme burocracia que no creía en la importancia del medio ambiente.

Firmamos el primer convenio fronterizo con Estados Unidos en esta materia gracias también al talento y experiencia de una gran mexicana, Roberta Lajous.

Ser pioneros es difícil y mujer joven todavía más. Pero logramos establecer las bases de una estrategia de desarrollo sostenible a partir del Primer Programa Nacional de Ecología en 1983 para incorporar el tema a toda la administración pública mexicana, con una Ley del Equilibrio Ecológico, con un sistema de áreas naturales protegidas, con programas de monitoreo y control de la contaminación ambiental y sobre todo un gran programa de educación ambiental. Esto fue posible gracias a un extraordinario equipo humano, muchos de los cuales están aquí hoy día y a sabiendas que puedo omitir a muchos quiero destacar a Hugo Guzmán que aún me acompaña en mi tareas. A todos ellos y ellas muchas gracias.

Los que me sucedieron, especialmente Julia Carabias, amiga, quién fortaleció y consolidó muchas de estas iniciativas y construyó sólidas bases que culminaron en el establecimiento de una Secretaría y una política de Estado.

Más tarde tuve la oportunidad de trabajar en el Instituto Nacional de la Pesca en donde recibí una magnífica institución formada por excelentes investigadores que lograron hacer converger los intereses de los productores con el conocimiento técnico. Entendí que el manejo de los recursos por las cooperativas pesqueras era una vía muy rentable para el país tanto en lo económico como en lo social.

De ahí, el gran salto, el comienzo de un viaje que me ha tenido por más de quince años lejos México, fui invitada en 1989 a incorporarme a la organización de la Cumbre de la Tierra como fue conocida la Conferencia de Naciones Unidas sobre Medio Ambiente y Desarrollo que tuvo lugar en 1992 en Brasil.

La Cumbre de Río significó un punto de inflexión en la historia de las Naciones Unidas. La preparación de esta cumbre transcurrió a la par de la caída del muro de Berlín. Se termina el mundo bipolar. El nuevo mundo global comenzaba a definirse, y los propósitos de esta Cumbre apuntaban al centro de profundos cuestionamientos sobre los modelos políticos y de desarrollo imperantes. Se reconoce la responsabilidad histórica de los países desarrollados bajo el principio de "responsabilidades comunes pero diferenciadas". Se abren las puertas de las Naciones Unidas a la sociedad civil, a los actores sociales, al sector privado por primera en un sentido amplio. Se

toman los acuerdos, vigentes hasta hoy sobre los grandes temas globales como cambio climático, biodiversidad y desertificación.

Hoy a diecisiete años de distancia podemos afirmar que dicha cumbre sentó las bases del futuro de la humanidad y planteó los desafíos, tan vigentes aún, de conciliar el desarrollo con la protección del medio ambiente.

Uno de los más importantes hitos de mi trabajo internacional fue en la Secretaría General de Naciones Unidas en los equipos de Kofi Annan y posteriormente de Ban ki moon, ambos líderes extraordinarios en tiempos muy complejos. Me tocó continuar la brillante trayectoria en el piso 38 de una gran mexicana que es Rosario Green.

Pido excusas por tomarme esta libertad, pero recordar y volver a vivir esa vida y esas raíces ha sido realmente una parte muy valiosa del premio que ustedes hoy me otorgan.

Amigas y amigos

Soy mexicana de corazón, pero latinoamericana de vocación.

Hoy vengo desde otro lugar de las Américas, encabezo una institución querida y respetada, vengo de la CEPAL, la casa mayor de las Naciones Unidas en América Latina y el Caribe cuya trayectoria se ha entrelazado con los vaivenes de la propia historia de la región. Soy la primera mujer que llega al cargo de Secretaria Ejecutiva y me siento muy orgullosa de pertenecer a este grupo de cepalinos que no cesan en sus incansables y permanentes esfuerzos por construir un pensamiento propio y genuinamente regional.

Aquí en la CEPAL han venido a cristalizar por una parte mi historia y mis convicciones y por otra responder a las urgencias de este tiempo. Estoy convencida que nuestro papel es la creación de ideas que abran caminos, que inspiren a los Gobiernos a diseñar políticas públicas que conduzcan al desarrollo, a construir la igualdad, a que de verdad y en los hechos –y no solo de palabra-, todas y todos puedan ser titulares de derechos y gozar de iguales oportunidades y libertades y responsabilidades para realizar sus vidas.

Hablo de la necesidad imperiosa de reforzar los vínculos entre desarrollo económico, desarrollo social y sostenibilidad ambiental, históricamente tan esquivos en nuestra región. Esto implica buscar activamente las complementariedades entre crecimiento y equidad, entre competitividad y cohesión social, entre ambas y desarrollo democrático, y entre desarrollo económico y sostenibilidad ambiental.

La reciente crisis que surgió de las entrañas del sistema financiero en Estados Unidos, de un mercado guiado en buena medida por resultados de corto plazo y la especulación, provocó la recesión más grande que recuerda la historia desde los años 30. Crisis que si bien llegó desde afuera encontró condiciones propicias para propagarse, desencadenando gravísimas reacciones que se multiplicaron por la economía real, hasta llegar a lo más sensible de la vida humana: el desempleo, el hambre y la pobreza.

Aunque se avizoran muy tenues signos de recuperación no hay que bajar la guardia. Esta crisis ha sido una verdadera pesadilla para millones de mexicanos y latinoamericanos.

Desde que estalló la crisis aumentó el número de pobres de 180 a 189 millones y de indigentes de 71 a 76 millones. Esta pobreza tiene fundamentalmente rostro de niño y de mujer.

Además en 10 y 20 años más la población de América Latina irá, a distintas velocidades, envejeciendo. Ello implica un enorme desafío futuro sobre el cuidado de las personas de la tercera edad. Hoy, ya tenemos que pensar en las políticas públicas de protección social orientadas a enfrentar con eficiencia esa realidad futura que cada día es más presente y que afecta en particular a las mujeres.

Hoy abogo por **un pacto generacional y de género**: tenemos la oportunidad de librar a las nuevas generaciones del flagelo de la pobreza y de otra crisis mayor y más silenciosa que es la del cambio climático. Tenemos la obligación ética y política de abrir las puertas para que las mujeres puedan realizar plenamente sus libertades. No es posible aceptar que, por no contar con instituciones razonables de cuidado, las mujeres sigan trabajando el doble y pasen del cuidado de los niños y niñas al cuidado de los viejos.

Las mujeres comenzaron el largo camino de decidir sobre su autonomía, la apropiación de su cuerpo, su reproducción, su sexualidad, su autonomía económica y política en la Cumbre de Beijing en 1995 y debemos reforzar este camino. Abandonar el papel de víctimas y convertirnos en actores políticos y cívicos plenos.

El otro gran desafío es el de la transición hacia un futuro sin carbono. En Copenhague se darán cita los actores centrales con la enorme responsabilidad de fijar una clara hoja de ruta que refleje valores superiores que protejan a las futuras generaciones por encima de costos de corto plazo.

Cambio de enorme profundidad que requiere del concurso de todos, de actos de orden público. Entendiendo lo público como lo que concierne a todos y no solo a los gobiernos.

En los últimos 25 años hemos vivido bajo la esperanza que el mercado todo lo resuelve. La sociedad perfecta es aquella gobernada por mercados, en lo posible sin Estado, en donde se confunde la idea del ciudadano con la del consumidor. Pero las actuales crisis económica y climática ponen fin a esta ilusión.

Se aprecia un enorme vacío en el mundo y en nuestra región pues a pesar de los esfuerzos por ordenar nuestras economías, de poner en orden nuestras finanzas públicas, de abrirnos a los mercados mundiales, de apostar a que los mercados autorregulados podían hacer bien sus tareas, se desmorona el edificio, nos damos cuenta que los cimientos no eran correctos.

Este punto de inflexión nos viene muy bien, especialmente en estos tiempos en que cumplimos 200 años como nación independiente, desde que soltáramos los lazos que nos mantenían atados como colonia de la corona española. Cuando estamos por cumplir también 100 años de nuestra Revolución Mexicana que encarnó el anhelo de igualdad y libertad desde todos los rincones del suelo mexicano.

Estos tiempos de fechas y recuerdos tan simbólicos, brindan la oportunidad de expresar la necesidad y la voluntad de un cambio radical en la forma como debemos pensar y construir el futuro y concretar este anhelo de desarrollo que nos ha sido por tanto tiempo tan esquivo.

Tiempos de crisis son tiempos de cambio. Nuevas voluntades se suman tras el intento de imaginar nuevas ideas, nuevos caminos para reencontrarnos con la igualdad, la libertad, la seguridad ambiental y la fraternidad.

Hoy y lo sostengo sin temor a equivocarme, **más que una época de cambios asistimos a un verdadero cambio de época.**

La crisis financiera que recorre todos los circuitos de la sociedad puso en evidencia no sólo la necesidad de un Estado más activo, sino también de un Estado más participativo. Hay que escapar del debate estéril de más o menos estado, o el de la supremacía del Estado versus la del mercado. Se trata de encontrar una agenda que reivindique el papel del Estado en la buena conducción de la política pública y valore el mercado, como el mecanismo más eficiente para asignar recursos e impulsar el crecimiento. Sin embargo hay que estar consciente que éste no se hace cargo de la desigualdad y la inclusión social. Se trata de construir una agenda pública donde cabe un sector privado pujante y una ciudadanía robusta con una agenda explícita de género, dotada de derechos y posibilidades ciertas de ejercerlos. Se trata de **restablecer un nuevo pacto social que intervenga en los desafíos actuales y que corrija con audacia las desigualdades.**

Propongo una nueva mirada para el desarrollo de los países de nuestra región que se haga cargo con decisión de los viejos y nuevos desafíos, de la historia corta y la historia larga de la crisis.

Viejos desafíos como la desigualdad y el crecimiento sostenido que la región arrastra desde siempre y que hasta hoy no se han podido resolver apropiadamente.

Nuevos desafíos, como el cambio climático y la integración regional aceptando y respetando los distintos modelos de desarrollo de cada pueblo y nación. Se derrumbaron los consensos económicos únicos.

América Latina cuenta hoy día con una ciudadanía más activa, más protagónica, pero a la vez más ajena de la política y aunque contamos con regímenes e instituciones democráticas hay todavía demasiada confusión, especialmente en los jóvenes, respecto a los alcances de la política para la vida diaria de la ciudadanía.

El futuro se construye con ideas, con liderazgos claros, con visiones estratégicas de largo plazo, pero también y ello es esencial, con grandes acuerdos políticos y sociales que hagan viables los caminos al desarrollo y que den gobernabilidad democrática a nuestros países.

Propongo el retorno de la política como protagonista principal en la construcción del futuro con inclusión plena sin romanticismos, de los jóvenes, de las mujeres y de los pueblos indígenas.

El Estado es el lugar geométrico de la política y es quién debe dar solidez a los anhelos de la ciudadanía.

Con mirada de “largo plazo” con el objetivo de la igualdad enfrente para llegar a una sociedad de bienestar.

Que nos permita diseñar políticas de Estado y no de ciclos políticos que hagan coherente lo urgente con lo importante, que tengan continuidad en el tiempo.

Propongo trabajar por la **próxima generación y no para la próxima elección.**

Esto implica la búsqueda de un nuevo equilibrio entre Estado, mercado y ciudadano y la creación y reinención de instituciones públicas, privadas, solidarias y comunitarias para garantizar la provisión de los bienes públicos locales, nacionales, regionales y globales.

A este sueño multilateralista y solidario he consagrado mi corazón de mujer mexicana. Ese ser profundamente latinoamericano que llevo en el alma y en el andar.

Indudablemente este sueño no lo he construido desde la soledad sino con la compañía de muchos seres queridos: mi esposo chileno Aníbal Severino de quien he aprendido el amor, la solidaridad y el apoyo incondicional, mi madre piedra angular de mi vida, mi hijo Eduardo, amigo y gran compañero de todas las etapas de mi vida, a Tomás mi hijo y su gran mujer María, mis nietos, Matías y Sara y este gran grupo cercano de primos, amigos y colaboradores con los cuales he compartido proyectos, visiones y utopías.

Quiero expresar un agradecimiento público a Patricia Espinosa, a la mujer solidaria y no tanto a la funcionaria, ella nos acompañó en Viena en momentos de enorme tristeza cuando murió mi hermano. Estaremos por siempre agradecidos y te pido Lourdes transmitirle este sentimiento a Patricia.

Termino señalando que este premio es para mi una ante todo una responsabilidad.

Hace ya varias décadas, José Medina Echeverría señaló “Allí donde el proceso de la historia manifiesta los conatos de una nueva etapa la demanda angustiosa de las mentes más claras es siempre la de averiguar cuáles son y donde se encuentran los grupos de hombres – y yo agregaría de mujeres- que han de cargar sobre sus espaldas las tareas del momento”.

Nuestra generación tiene una responsabilidad.

No cabe duda que 2009 ha sido un año que es como la vida, lleno de júbilo y llanto, de luces y sombras, de amaneceres y tormentas.

Un año en que ustedes queridas amigas han tenido, y permítanme decirlo, la “generosa, pero audaz decisión” de elegirme “Mujer del año”.

Vaya honor, vaya responsabilidad.

Sólo espero estar a la altura de este premio que hoy recibo recordando a las mujeres campesinas, obreras, maestras, amas de casa, a las mujeres de éxito en la política, a las artistas como Silvia Pinal aquí presente, y sobre todo a aquellas que día a día entregan, talento, amor y dedicación de manera anónima.

Muchas gracias